

Dos poetas jóvenes

CIUDAD BAJO LA LLUVIA

Mira cómo, desde este exilio de cemento,
se extiende la ciudad, a nuestras plantas.
De aquí partían los mercaderes rumbo a España.
Mira el humo en aquellas azoteas,
el resplandor del sol en los tinacos,
aquellas sucias fábricas de plomo.
Mira el papel que cae
desde un alto edificio:
parece un pájaro que ablandara sus alas.
Encabritadas garras afilando,
águilas junto al cielo se desploman.

En este oscuro cuarto
un pedazo de historia se fabrica;
en aquel otro, un hombre sueña con mujer
pero en su lecho sólo la luna
abraza sus muslos y su torso.
Ríe de las etcéteras que, allá,
un triste verso de abogado exuda.

Huele la lluvia.
Mira cómo de la tierra asciende
ese pesado olor del protoplasma.
Mira, desde este exilio de cemento,
caer cenizas, polvos y desgracias.
Mira cómo las lluvias obstruyeron
los albañales de los aledaños.

Mira cómo la lluvia cae sobre los pájaros
y cómo los hombres oscilan,
trapos sacudidos, violentados
por una ráfaga de viento,
a la luz de ese único relámpago.
Su rostro es una mueca,
una bronca blasfemia.
Mira, desde este exilio de cemento,
cómo el cielo resplandece en mitad de la noche
en su calor dramático y terrible,
cómo las estrellas se desgañitan de luz.
Mira, desde este exilio de cemento,
cómo esta mugre tierra estalla
y abandona su sol que la corteja
y corre luego entre pezuñas de asnos.
Vé cómo abandona la tierra estos lugares
dejando a ciertos hombres sin su antípoda,
colgados de sus dientes, al vacío.
Y el cielo desploma su ceniza,
la facilidad de la muerte.

Pero no hablo de lluvias radiactivas,
no hablo desde un refugio antiatómico.

Es la Ciudad de México,
que anuncia su verano.

Jaime Labastida